



LA BROMA DE DIOS

José Melero

LA BROMA DE DIOS



Primera edición: abril 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Melero

ISBN: 978-84-18663-36-9

ISBN digital: 978-84-18663-37-6

Depósito legal: M-10492-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para P, por su tesón

1

Su rostro se materializa entre la multitud sin previo aviso, como el retazo de un sueño que súbitamente vuelve a la memoria. La visión se esfuma de nuevo entre el gentío pero al instante vuelve a mostrarse y, en esa ocasión, conforme se acerca a donde yo estoy, puedo seguirla con la mirada. Es ella, no cabe duda, pero al mismo tiempo sé que no puede serlo porque ella está muerta y los muertos no caminan entre los vivos; debe de tratarse de alguien que se le parece, pienso con decisión, pero mis ojos dicen lo contrario. Es ella, es Irina, no es solo su cara, sino su forma de moverse al caminar, su ropa, es ella no cabe duda, pero eso es imposible, yo compartí su último aliento, mis manos sintieron su piel fría y sus pupilas sin vida están grabadas en las mías desde entonces. Hace horas que estoy sentado aquí, en el escalón de este portal, tal vez me he dormido como tantas veces sin darme cuenta y estoy soñando, no hay otra explicación: me he quedado dormido y su imagen ha surgido de alguna de mis pesadillas. Cuando está casi a mi altura, ignorante de mi presencia, el tiempo estalla y los segundos quedan esparcidos a mis pies como los restos de un cristal roto. Es ella —comprendo en la eternidad que emplea en pasar delante de mí—, es su mismo perfil de Virgen renacentista, ese aire evanescente que conozco tan bien, pero ella está muerta y yo estoy despierto. Me digo que es un producto de mi imaginación o de mi conciencia desquiciada para castigarme o, quizá —no quiero ni pensarlo—, un ánima que regresa del más allá para torturarme por mis pecados. Mientras pienso en todo esto me sobresalta un sonido gutural, como un lamento. Llega a mis oídos sin que sepa de dónde

proviene hasta que noto que es mi propia garganta la que lo emite. Un gemido roto saliendo de mis entrañas que se resisten a admitir lo que se presenta a mi entendimiento, un gemido de miedo, de puro miedo animal, más intenso que el que he podido experimentar en cualquier momento de mi vida. Noto cómo la piel se me eriza y un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Es Irina, a un paso de mí, pero Irina está muerta.

Cuando consigo ponerme en pie me tiemblan tanto las piernas que tengo que apoyarme en la pared para no caer. Vuelvo la cabeza pensando que la visión habrá desaparecido, pero la veo alejarse ajena a mi estupor y a mi miedo. Creo que no es una decisión consciente, ya que lo que me pide cada fibra del cuerpo es alejarme de allí y repetirme hasta creerlo que se trata solo de un espejismo, del desvarío de alguien trastornado, pero mis pies comienzan a caminar en la dirección opuesta, siguiéndola por la calle. Siento como si fuese transportado contra mi voluntad y mientras avanzo entre la gente me repito que la que camina unos pasos delante de mí debe de ser un ánima tozuda que persiste en seguir en este mundo, que tiene que tratarse de un sueño ya que esa mujer, cuyos movimientos son para mí inconfundibles, está muerta. Mientras en mi mente resuenan estos pensamientos, entre ellos se abre paso la conclusión de que si ella está ahí, puesto que es imposible, la propia realidad queda falseada. La gente que me rodea, yo mismo, quizá todos estamos muertos y somos tan ajenos a ello como Irina. Sin perderla de vista me fijo en las personas con las que me cruzo, desconocidos que me ignoran como si el que no existiese fuese yo. Ya estoy acostumbrado a ese estado de no existencia en el que vivo desde hace tanto. Es como estar muerto en vida. Yo pertenezco a un mundo invisible que, sin interferir en él, impregna el mundo real. Es posible que esté tan muerto como Irina y por eso puedo verla, quizá he muerto hace solo unas horas, mientras dormía, y soy yo el que ha entrado en su mundo. Esa puede ser la explicación de por qué puedo verla a pesar de estar muerta.

—¡Está muerta! ¡Está muerta! —repito en voz alta—. ¡Está muerta!

Y mientras lo hago la gente me mira con temor.

—¡Está muerta! —vuelvo a decir solo para lograr que se aparten, y así consigo que me miren, y me oigan, y si lo hacen es que no he muerto y sigo en el mismo mundo que ellos.

«Esto no puede ser, la vi morir», mascullo, «estuve con ella y no respiraba, la toqué y estaba fría. ¿Cómo puede ser ella? ¿Cómo puede estar andando ahí delante?», digo dando pisotones y tirando de las mangas de mi mugrienta gabardina.

—¡Maldita seal, ¿cómo puede estar paseando por la calle? —grito horrorizado, y la gente se aparta y deja un espacio vacío a mi alrededor.

Al menos eso es una prueba de que sigo vivo.

—¿Me ves? —pregunto al primero que pillo mirándome de reojo—. Porque si me ves es que no me he muerto.

Pero vuelvo a verla delante de mí y me asaltaban de nuevo las dudas. «A lo mejor es que me he vuelto loco», me digo, y aprieto el paso hasta estar detrás de ella. Creo morir cuando percibo su perfume, que arranca de mi memoria más profunda recuerdos que me hacen estremecer. Es ella, no cabe duda.

—Irina —digo sin darme cuenta de que ahora puede oírme.

Atraída por el sonido de su nombre vuelve la cabeza mientras camina. Cuando su mirada se detiene un instante en mí, me abandonan las fuerzas y tengo que detenerme porque la sangre se me retira del rostro y siento un frío de muerte que me impide respirar. Ella solo hace un gesto de extrañeza y prosigue su camino. No me ha reconocido. Me ha mirado pero no me ha reconocido. Al girarme hacia un escaparate me veo reflejado y comprendo por qué, ya que ni yo mismo puedo hacerlo. La persona que me mira desde la cristalera apenas tiene que ver con el que fui. El pelo y la barba me tapan casi todo el rostro. La gabardina que llevo está impregnada de la mugre de la calle, al igual que los pantalones, que no se pueden describir más que como harapientos. Pero lo peor no es la indumentaria, sino la postura encorvada, los brazos que caen inertes a los lados del cuerpo y los pies que al caminar se arrastran como

si pesasen toneladas. Soy un mendigo, un vagabundo o un demente; en realidad ya no soy nadie, he dejado de ser hace ya mucho y me he convertido en alguien invisible que se mueve por la ciudad sin ser percibido. Carezco de identidad y es por ello por lo que ni siquiera Irina me ha reconocido pese a haberme mirado a los ojos.

Cuando consigo desasirme de mi reflejo, me vuelvo y me alarmo al ver que la he perdido de vista. Doy unos pasos e intento identificar su silueta entre las decenas de personas que tengo delante, pero es en vano. Casi sin querer me pongo a correr intentando dar con ella otra vez, siento la urgencia de comprobar que se trata de una persona real y no de una alucinación. Necesito verla una vez más y, si es posible, tocarla para cerciorarme. Corro unos metros entre la gente tropezando con unos y otros mientras grito su nombre, pero es inútil, ha desaparecido de la existencia al igual que había regresado a ella apenas unos minutos antes. Me detengo sin saber qué hacer. Siento que mi mundo se estremece, y que en la realidad de penitente en la que estoy instalado hace ya tanto tiempo ha aparecido una grieta que acabará por destruirla. ¿Cuál ha sido la equivocación? ¿Cómo puede ser que Irina entre de nuevo en mi vida como una aparición sobrenatural? Sé que eso no es posible, pero su visión caminando por la calle, el perfume que todavía soy capaz de sentir en mi olfato y el hecho de que se haya vuelto al oír su nombre lo desmienten. Pero si es así, si ella está viva, cuál es mi situación. Siento que todo se oscurece y que un sudor frío cubre mi rostro. Las piernas apenas me sostienen y voy a sentarme en un escalón con las pocas fuerzas que me quedan. Me siento morir. Pongo la cabeza entre las rodillas y respirando con lentitud espero a que la sangre vuelva a circular con normalidad.

—¿Qué me quieres decir, Dios mío? ¡Ayúdame! —digo entrelazando las manos e hincándome de rodillas—. ¡Ayúdame Dios mío! —repito hasta que sé que no habrá respuesta.

Vuelvo a sentarme y pienso que lo que ha pasado ocurre por alguna razón que solo Él conoce.

—Tranquilo —me susurro a mí mismo— tranquilo.

2

Esa noche, abandonando las calles que me son familiares, deambulo sin rumbo durante horas hasta que llego al límite de mi resistencia. Hace rato que lo siento seguirme. Un perro sin dueño, sin raza ni color definido, solo un perro grande y sucio que me acosa como una pesadilla desde hace años. A pesar de las vueltas que ha dado mi vida, esa bestia me ronda incansable. La mayor parte del tiempo no lo veo, hasta el punto de que en algunas ocasiones me olvido de él o pienso que ha encontrado a otro infeliz al que hostigar, pero entonces, cuando menos lo espero reaparece movido por una lealtad enfermiza y no deseada de la que no puedo deshacerme y que me causa una inquietud insufrible. A veces no es más que el sonido de sus pasos inhumanos, o el de su pesado jadeo que se me figura el de una cuenta atrás que cuando llegue al final me sorprenderá irremisiblemente desprevenido. En otras ocasiones alcanzo a verlo como una sombra furtiva o la silueta de una figura esquiva que desaparece cuando pretendo localizarla o acercarme. Me vuelvo repentinamente en varias ocasiones esperando sorprenderlo, quiero huir, pero apenas soy capaz de arrastrar los pies que me han llevado lejos de los lugares que suelo frecuentar para dormir. Opto por ignorarlo y dejarlo, siguiéndome, cumplir su propia penitencia.

Hasta que no veo el primer grupo de putas apostadas en una esquina no entiendo que estoy en uno de los polígonos industriales de las afueras de la ciudad. Cuando me ven, para matar el aburrimiento, comienzan a insultarme y proponerme obscenidades para

burlarse, como diablesas que aprovechan mi desvalimiento para descargar todo el rencor que acumulan durante el día contra los hombres a los que se entregan por dinero. Les grito que se callen, gruño que me dejen en paz, escupo al aire para espantarlas, pero una de ellas, casi una niña que se muestra medio desnuda, se agacha, coge una piedra del suelo y me la tira con todas sus fuerzas. Noto un golpe en la frente que me hace correr para ponerme a salvo a pesar del agotamiento mientras oigo las risas malignas de todas ellas. Después de un par de manzanas renqueando doy con un recodo en el que una reja metálica deja el espacio suficiente para poder esconderme fuera de la vista de quien pueda pasar por allí. Sobre la acera hay un montón de cartones apilados al lado de un contenedor metálico. Escojo el más grande. Son buenos cartones, de los que no se encuentran en la ciudad, cartones limpios y secos. Debe de ser al menos el embalaje de un frigorífico, un verdadero lujo, y en ese momento un refugio en el que anhelo desaparecer. Acomodo la caja en el hueco de la reja y la doblo de manera que estando tumbada puedo introducirme en ella como si fuese un tubo. Me arrastro dentro gateando y me dejo caer exhausto. El interior oscuro en el que tan solo se filtra un hilo de luz de las farolas de la calle es como una madriguera. Me siento a salvo. Noto entonces el dolor de la frente en la que palpo una pequeña herida. Aprieto los dedos sobre ella, cierro los ojos y en la paz de mi improvisado cubículo la imagen de Irina me asalta como si hubiese estado esperando un descuido para atormentarme de nuevo. La escena de la calle vuelve a mi mente y la recreo hasta el más mínimo detalle, desde que la vi acercarse entre la gente hasta el momento en que cruzamos las miradas y después desapareció de nuevo.

—Era ella —susurro mientras comienzo otra vez a temblar sin poder controlarme.

Me arrebujo en mi abrigo esforzándome por recobrar la serenidad. Tengo que regresar a la realidad. Estoy agotado y no he comido nada desde el día anterior, eso es lo que pasa, estoy agotado, agotado, agotado. Tengo que tranquilizarme y descansar. Me

santiguo una y otra vez mientras me encomiendo a Dios, rezo a trompicones casi sin saber lo que digo, mezclando las oraciones, hasta que recobro la calma. Alargo el brazo y acaricio con la punta de los dedos el techo del embalaje en cuyo interior estoy y pienso que estoy recluido en una cisterna, igual que un asceta o un santo de esos que se retiraban del mundanal ruido.

Me acuerdo de la historia de san Simeón el estilita. Un sirio del siglo V que para adorar a Dios y evitar las tentaciones de la carne se dedicó al ascetismo y la mortificación del cuerpo. De joven ingresó en un monasterio, pero sus penitencias eran tan exageradas que terminaron expulsándole, tras lo cual se retiró al interior de una cisterna y más adelante a una cueva del desierto. Sin embargo, su fama de milagrero hizo que cada vez acudiesen más peregrinos a visitarle sin dejarle en paz para llevar a cabo la vida de penitencia y oración que él pretendía. Harto de la popularidad, encargó a algunos de sus seguidores que le construyesen una columna con una pequeña plataforma sobre el capitel en la que se pudiese estar de pie. Cuando se la terminaron se encaramó a ella y de este modo ideó una de las formas más originales de ascetismo, consistente en permanecer indefinidamente de pie sobre una columna dedicado a oración, de ahí su apodo del estilita, por su raíz griega, *stilos*, que significa columna. Leí que su primera pilastra medía alrededor de tres metros, pero con el tiempo y la afluencia cada vez mayor de gente que venía a verle, fue trasladándose a otras cada vez más altas. La historia cuenta que después de treinta y siete años murió rezando en una de diecisiete metros de altura. Esta modalidad de penitencia extrema tuvo sus imitadores, hasta el punto que a lo largo de los siglos cundió su ejemplo entre otros iluminados y hubo muchos que intentaron hacer lo mismo que él, pero nunca nadie consiguió igualar el tiempo que él permaneció sobre su columna.

Y ahora, yo mismo estoy en una cisterna penando en soledad como san Simeón en sus inicios. Y mientras pienso esto, me detengo al darme cuenta de que el hecho de recuperar esa historia tiene que ver con el encuentro de hace unas horas. Para sobrevivir,

me he acostumbrado a censurar toda imagen del pasado antes de que estas tengan la oportunidad de ocupar mi pensamiento, pero después de lo ocurrido, después de ver a Irina o de figurarme verla, por primera vez en años dudo y me permito acercarme y acariciar con un resto de esperanza el pomo de la puerta del recóndito lugar de mi mente en el que confiné todo aquello que resultaba tan doloroso que opté por relegar al olvido. La que está allí confinada, silenciosa y muda, es mi propia vida, la vida que me perteneció y que tanto me he esforzado por dejar atrás. Y con ella todo lo sucedido con Irina, a la que había dado por muerta y que, sin embargo, he visto hace unas horas caminando entre los vivos. Después de eso, ¿acaso puedo seguir negando los recuerdos? Contengo el aliento en un intento de volverme atrás, pero en realidad ya es tarde. Una oración pasa por mis labios mientras abro esa oscura estancia de mi memoria que he mantenido cerrada durante tanto tiempo. Recordar se transforma en ese momento en algo inevitable a pesar de las consecuencias que sé que va a acarrear.

Un día, un señor que dijo venir de parte del sacristán de San Juan, el cual era un cliente asiduo, apareció por la tienda con un paquete y me preguntó si compraba antigüedades. Yo solía tomar este tipo de ofertas con precaución, ya que lo que mucha gente entiende como antigüedades, en la mayoría de los casos no eran más que baratijas familiares cuyos propietarios confundían su valor sentimental con el artístico, aunque también era cierto que en otros aparecía alguien con alguna cosa valiosa o interesante. Le pedí que me enseñase lo que traía y él comenzó a desenvolver con cuidado el embalaje. Las diferentes capas de papel de periódico fueron dejando ver fragmentos que no terminé de reconocer hasta que su contenido quedó totalmente expuesto. La talla consistía en una columna griega de unos veinticinco o treinta centímetros rematada con un capitel dórico, y encima de él, de pie, la figura de un anciano con un hábito verde oscuro y barba blanca, la cabeza cubierta con una capucha de monje, los ojos vueltos hacia el cielo y las manos juntas a la altura del pecho en actitud de oración. Supe inmediatamente de quién se trataba, pero tuve que reconocer que era una imagen muy poco común, y que era la primera vez que veía una parecida.

—Un san Simeón, —dije mientras el hombre me tendía la imagen para que pudiese examinarla.

Me concentré en ella y decidí que la imagen, sin ser demasiado valiosa, tenía cierto mérito: se trataba de un santo muy poco representado como icono, lo cual le concedía el atractivo de cierta

originalidad y, por el estado de la policromía, estimé que debía de tener alrededor de medio siglo. Pero lo más llamativo era el estilo marcadamente hispanoamericano, en concreto, mejicano, que la caracterizaba. El san Simeón tenía los rasgos de la cara levemente indios y su figura presentaba en sus proporciones la densa compactación propia de las imágenes representadas en los murales de Diego Rivera, una especie de cualidad tectónica y ancestral que se incluía dentro de lo que el mismo autor denominó en su tiempo «mejicanidad». Decididamente se trataba de una pieza interesante.

—¿Qué le parece? —me dijo por fin, después de haberme dejado el tiempo suficiente para formarme una opinión.

—¿Es suya?

—No —respondió él—, era de mi hermana, que en paz descansa, y mi sobrina me ha dado el encargo de que consiguiera un precio razonable por ella, cosas de la crisis, ya sabe. Ya ve usted que es muy bonita y está bien conservada.

—Sí, pero no está firmada.

—Ya, pero es antigua, ¿se ha fijado en la fecha tallada en la base?

No lo había hecho, así que la incliné y vi que había grabado un 1940 en números muy pequeños. Los dos nos quedamos en silencio mientras yo volvía a mirarla con detenimiento.

—¿Le interesa? —apremió él.

—Está bien, pero depende de cuánto pida por ella.

—Pues la verdad —dijo con precaución—, es que había pensado en unos quinientos.

Yo no hice ningún gesto. Inspeccioné otra vez la figura. La talla era muy minuciosa en todos los detalles de la columna y la figura. Por el peso, la madera debía de ser de nogal, y como ya había apreciado, los colores, aunque cubiertos por una pátina, se apreciaban perfectamente. Estaba seguro de poder obtener por ella un buen precio. —No le puedo dar más de doscientos cincuenta —dije intentando transmitir desapego—. Es una imagen interesante pero no es una antigüedad.

—Deme cuatrocientos —dijo él cuadrando sus cuentas mentalmente.

—Puedo darle doscientos setenta y cinco, pero no más. Fíjese cómo tengo la tienda de imágenes. Este tipo de artículos no tiene mucha salida.

El hombre miró a su alrededor, dudó un instante y me tendió la mano.

—De acuerdo, doscientos setenta y cinco.

Cuando le pagué, él dobló cuidadosamente los billetes y los introdujo en la cartera que sacó del bolsillo trasero del pantalón. Después se despidió y me dejó con mi adquisición. Yo le seguí con la mirada hasta que le vi perderse al doblar la esquina de la calle. Puse la figura en el mostrador y la contemplé pensando a cuál de mis clientes podría interesarle.

—San Simeón el estilista, murmuré mientras buscaba información sobre él en la versión digital de la *Enciclopedia Católica* para hacerle una ficha.

Abandono la tienda —mi negocio—, y vuelvo al presente delectado por el recuerdo de las cosas a las que me dediqué en otro tiempo, pero sé que este placer está envenenado y temo seguir saboreándolo. Me he precipitado. Deseo volver a tapanlo todo y salir de la estancia de mi memoria que debió permanecer cerrada. Me angustio. Gimoteo como un idiota tumbado en el interior de mi caja de cartón mientras golpeo el suelo con los puños cerrados. Sé muy bien lo que encontraré si sigo rememorando, la ponzoña que aguarda al final, pero ya es demasiado tarde. El sonido de mis balbuceos y medias palabras susurradas, el dolor de golpear el suelo no son suficientes para detener las imágenes del pasado que se deslizan por la brecha que se ha abierto en mi voluntad. Comprendo, angustiado, que ya nada puedo hacer, pero por otra parte es tan reconfortante volver a evocar, que me rindo y sigo adelante.

Cuando quería colocar alguna pieza especial, como era el caso del san Simeón, solía recurrir a algunos coleccionistas a los que sabía que les gustaban las curiosidades. En aquella ocasión pensé en Ángel Gálvez, un mecenas local que entre otras cosas se dedicaba al coleccionismo de antigüedades y que en su momento tuvo tratos con mi padre. Concerté una cita con él, seguro de que le interesaría mi nueva adquisición. Después de echar el cierre me dirigí caminando a casa de mi futuro comprador. Los Gálvez vivían en un palacio enfrente de uno de los laterales de la catedral. Se trataba de un inmueble que el dueño había heredado de sus padres y que ahora lucía en todo su esplendor gracias a una reciente restauración. Sobre la balconada exterior destacaban los escudos familiares de piedra que daban a la fachada un aspecto imponente. Llamé al timbre y me abrió la puerta el propio Gálvez, vestido, como acostumbraba cuando estaba en casa, con un chándal de rebajas que en contraste con la nobleza del edificio le hacía parecer un bufón. Su mujer tenía fama de tacaña a pesar de que ambos poseían, según se decía, una considerable fortuna.

—¡Hombre, Abad, por fin está usted aquí! Pase, pase —dijo haciéndose a un lado y cerrando la puerta detrás de mí.

Entré en el vestíbulo y desde ahí le seguí al patio porticado interior de la casa, típico de las mansiones de finales del XVII. En el centro había un pozo ornamental y en la primera planta una serie de ventanales con balconillos que rodeaban todo el perímetro. Asomada a una de ellas vi a doña Leonor que me saludó secamente y desapareció con su rosario en la mano moviendo los labios en silencio.

Gálvez me hizo señas y fuimos hasta su estudio, en el que ya había estado antes, de techos altísimos con un artesonado antiguo y oscuro, lleno de libros, que daba a ras de la calle. Sobre la gran mesa de madera tallada había un servicio de café y él se apresuró a servirme uno antes de acomodarse en su asiento.

—Y bien, qué era eso que quería enseñarme.

—Algo que ha llegado hace poco a mis manos y que pensé que podría interesarle —dije mientras comencé a desenvolver con parsimonia el san Simeón que había previamente envuelto solo para hacer que se impacientase. Cuando retiré la última capa de plástico de burbujas, Gálvez, aunque seguía sentado, casi se había incorporado apoyando las manos en los brazos del sillón, queriendo adivinar a través de las transparencias de qué imagen se trataba antes de que terminara de mostrársela.

Cuando la puse sobre la mesa se quedó callado unos instantes intentando identificar al santo que representaba.

—¡San Simeón! —casi gritó al cabo de unos segundos—. ¿Puedo?

—Naturalmente.

Alargó sus manos finas y avariciosas y cogió con firmeza la figura, asegurándose de que no podía sufrir daño o caérsele.

—Nunca había visto una parecida. ¿De dónde la ha sacado?

—Perteneció a una señora mejicana que la dejó en herencia —dije fabulando un poco con la escasa información de la que disponía.

Después guardé silencio y dejé que examinara con detenimiento la pieza. Yo, mientras, me entretenía observándole. Gálvez era una mezcla de extremos. En él llamaba la atención una expresión blanda en la cara, algo femenina, que sin embargo contrastaba con unos labios finos y apretados que sugerían autoritarismo e intransigencia. Tenía la cabeza redonda y calva orlada de pelo gris y, de las orejas y la nariz, demasiado grandes, sobresalían manojos de vello tieso que de cerca le daban un aspecto algo desaseado. Solo en su mirada, tras las lentes de sus gafas de cerca, podía apreciarse que poseía una aguda sensibilidad e inteligencia. Pasaron algunos minutos en los que por su expresión entendí que estaba interesado. Yo me había acostumbrado a reconocer ese punto codicioso en la cara de un comprador, las señales del afán por poseer que caracteriza a los coleccionistas. Era como arrojar un anzuelo y dejar que el pez se entretuviera con el cebo, deseándolo, hasta que finalmente

lo mordía. En esta ocasión ya había notado el tirón en el sedal. Estaba seguro de que acabaría comprándome la figura. Me apresté a dar un par de tirones para asegurarme de que la presa estaba del todo enganchada.

—Es una figura de mediados del siglo pasado. Mire qué bien conservada está la policromía, y fíjese en el detalle del trabajo del rostro. Además, es casi imposible encontrar imágenes esculpidas de este santo, puede que se trate de una pieza única. ¿Conoce usted la historia del santo?

—Más o menos, más o menos. Simeón el estilista, ¿no?

Asentí.

—Tengo que reconocer que no sé mucho más de él que la historia de que permaneció mucho tiempo viviendo sobre una columna.

Yo aproveché el momento para relatarle con algunos añadidos la historia completa del santo mientras me fijaba en sus ojos, que eran como los de un niño al que cuentan un relato maravilloso.

—¿Cuánto quiere por ella?, me dijo nada más terminar.

—Ochocientos.

—No, es demasiado —dijo él negando con la cabeza.

Yo guardé silencio. Sabía que estaba interesado pero no estaba seguro de cuánto. Tenía que darle algo de tiempo para que él mismo lo valorase.

—Le podría dar unos quinientos —ofreció después de unos segundos.

—Eso es menos de lo que me ha costado a mí. No puedo dejarla en menos de setecientos.

Volvió a guardar silencio pero ahora yo estaba seguro de que me la compraría. Se llevó la taza de café a los labios y sorbió de ella ruidosamente.

—Leonor me va a matar, pero es un capricho a fin de cuentas. Protestará un poco, pero estoy seguro de que a ella también le va a gustar mucho.

Salió de la habitación y al cabo de unos minutos, marcados al ritmo pesado de un negro reloj de pared, apareció con el dinero

que me entregó contando los billetes de cincuenta de uno a uno. Yo sabía por ocasiones anteriores que si se encaprichaba era fácil redondear el precio, tal y como acabábamos de hacer. Al igual que el matrimonio no invertía demasiado en ropa, en lo tocante a sus aficiones, Gálvez no reparaba en gastos, a lo que ayudaba que el regateo le resultaba especialmente tedioso, por lo que tendía a acortarlo lo más posible.

Su nueva adquisición le había puesto de buen humor. Volvió a sentarse, apurando su café mientras acariciaba la talla recién adquirida, inclinándola y rotándola para apreciarla desde todos los ángulos como si fuese un monarca recién coronado con su nuevo cetro. Yo disfrutaba viéndole como se contempla a los niños cuando abren sus regalos en la mañana de Reyes.

—No sé si sabe que pertenezco al grupo parroquial que está detrás de la pro hermandad del barrio de Carranque —dijo de repente cambiando de tema dejando la talla sobre la mesa.

Yo había oído algo de la existencia de aquella iniciativa para fundar una nueva cofradía, pero desconocía que Ángel Gálvez tuviese que ver con ella.

—El caso —siguió él—, es que ahora estamos en plena fase de constitución de la Hermandad del Cristo de los Remedios y la Virgen de la Esperanza. ¿No lo ha visto en el periódico?

Yo negué con la cabeza.

—Cuando su padre todavía vivía ya se hablaba de ese proyecto. Seguro que a él le hubiese interesado mucho. En fin... —dijo suspirando como queriendo expresar la desgracia de la muerte de mi padre—. El caso es que una vez que se consiguió el apoyo del párroco, se hizo la propuesta al obispado y estamos esperando que apruebe la erección canónica. El tema es cosa hecha, hasta el punto de que ya se ha encargado la nueva talla de la Virgen; la del Cristo ya la tenemos. ¿Conoce la imagen del Cristo de los Remedios de Santa Cruz?

—Pues la verdad es que no demasiado, —dije—. Sé que es una imagen reciente, copia de otra anterior que quemaron en el treinta y tantos, ¿no?

—Está usted en lo cierto. El Cristo de los Remedios actual se encargó a Martín Simón como copia del original que era propiedad de la Hermandad de la Penas, y que por entonces se conocía como Cristo de la Agonía. El caso es que el tamaño de la figura era demasiado grande y al final se optó por sustituirla por otra del mismo escultor, y esta terminó en la iglesia de San José Obrero. No se trata de una obra de primera fila, pero cuenta con cierta solera, ya que acaba de cumplir setenta y cinco años y tiene mucha devoción en el barrio. Pero a lo que iba, la imagen de la Virgen de la Esperanza es la que nos tenía preocupados, y el año pasado se comenzó con la recogida de fondos entre los simpatizantes de la futura cofradía para encargarla. El caso es que estamos hablando de una cantidad elevada, ya que se pretende que se trate de una imagen... Pero venga, acompáñeme —dijo de repente incorporándose.

Caminó con decisión hacia una puerta en el extremo opuesto de aquella por la que habíamos entrado en la habitación. No me había fijado, pero aunque era igual que la otra, esta estaba blindada. Cuando la abrió apareció un hueco oscuro que en seguida se iluminó al accionar los interruptores. Entramos en lo que en otro tiempo fue la capilla del palacio y en la que ahora estaban dispuestas una serie de peanas y pequeñas mesitas sobre las que había al menos una veintena de imágenes. Era evidente que se había adecuado aquella estancia sin ventanas a su contenido, ya que en el techo estaban encastrados una serie de focos de luz dorada que daban al recinto el aspecto de una sala de exposiciones, aunque al parecer para uso privado. Desde donde estábamos podían apreciarse varias imágenes distribuidas a intervalos regulares.

—Mire, ¿qué le parece esta Virgen? —dijo disfrutando de la sorpresa que veía dibujada en mi rostro, mientras daba unos pasos hasta un pequeño pedestal sobre el que estaba instalada la imagen de una Virgen rodeada de ovejas.

—Una Divina Pastora.

—Perteneció a mi abuela y yo la heredé de mi padre.

La figura era soberbia, una talla en madera policromada de una Virgen de rostro candoroso a cuyos pies había dos ovejas. La imagen, sedente, debía de medir alrededor de un metro de altura. La mano derecha estaba adelantada y acariciaba a uno de los animales, y la otra se extendía para sostener un báculo de plata. El conjunto estaba situado sobre una peana con forma de peña. Vestida con una túnica roja con lunares ceñida por un cíngulo dorado, la Virgen estaba envuelta en un manto tallado policromado en verde y estofado con una gran orla adornada con volutas. El rostro redondeado y de nariz fina y recta, tenía los ojos de cristal y pestañas postizas, y lograba una expresión de gran dulzura gracias a su delicada encarnadura. La cabeza estaba tocada con una pámela decorada con flores bajo la que había un finísimo velo de tela blanca bordado que le caía por los hombros.

—El encaje es actual —dijo él al darse cuenta de que yo lo estaba mirando—. Lo mandé bordar de nuevo hace algunos años porque el velo original estaba muy deteriorado. Me costó mucho encontrar la tela adecuada, pero finalmente di con unos retales en una mercería antigua y el resultado es bastante bueno, ¿no le parece?

Asentí. El conjunto era de una extrema belleza, tal y como solían ser las tallas barrocas de las escuelas sevillanas. Calculé que debía datar de mediados del XVIII, y la profusión de pliegues que mostraban los ropajes tallados me recordó el estilo de Ruiz Gijón.

—El autor es Hita del Castillo, discípulo de Ruiz Gijón —dijo él como si estuviese siguiendo el hilo de mis pensamientos—. Fíjese en esta otra —y avanzó unos pasos hasta una hornacina de madera oscura que tenía sobre una mesita.

Le seguí y él introdujo en la cerradura una llavecita dorada. Abrió con cuidado las portezuelas de la urna y yo me acerqué para ver su contenido: una Virgen con un niño en brazos, evidentemente más antigua que la que me acababa de mostrar. La figura, de pie, sostenía a un Niño Jesús que miraba de frente al que la contemplaba. Era una talla en madera muy minuciosa, sobre todo en los ropajes, que desde cierta distancia podían tomarse por reales.

—Esta es la imagen más antigua de las que tengo, dijo con un deje de orgullo en la voz. Una Roldana auténtica datada en mil seiscientos noventa.

Cuando oí aquello presté aún más atención a la figura que tenía delante. Luisa Roldán, apodada *La Roldana*, fue la primera mujer reconocida en España por sus esculturas religiosas. De hecho se cree que la imagen de la Virgen de la Macarena sevillana es obra suya.

—Fue de lo poco que se salvó de la quema del convento de las Adoratrices, y hubo que restaurarla completamente. Fíjese en la ornamentación de los mantos, dijo Gálvez poniéndose a mi lado. A su padre le encantaba esta imagen y de hecho le pedí consejo para encontrar un buen restaurador aquí en Málaga, aunque al final terminé yéndome a Sevilla.

Me incliné de nuevo para apreciar los estofados que componían una filigrana vegetal barroca a lo largo de los bordes de las túnicas. El manto del niño estaba decorado con pequeñas estrellas doradas. La Virgen llevaba el pelo cubierto en parte por un velo, pero lo más llamativo era el rostro del niño, que reproducía fielmente el de uno real.

Un ruido me hace volver sobresaltado a la oscuridad de la caja en la que estoy tumbado. Aguzo el oído y oigo unos pasos que se acercan por la acera en la que he instalado mi cisterna de cartón, el taconeo decidido del único tipo de mujer que se atrevería a andar sola por estos andurriales a estas horas de la noche. Estoy seguro de que es una de las fulanas de la zona y me asusto, pero por su andar apresurado sé cuándo ya está cerca que no es de las del grupo de antes y que su paso por aquí no tiene nada que ver conmigo. Me encojo y mantengo los labios apretados hasta que oigo que se aleja y reina de nuevo el silencio.

Gálvez disfrutaba mostrando sus posesiones tanto como yo inspeccionándolas. Hacía años que lo trataba y sabía, por comentarios de terceras personas, que poseía algunas piezas excelentes. Y por supuesto, había sido uno de los muchísimos clientes de mi padre, como él mismo ya me había recordado. Mientras le seguía, me preguntaba qué le habría impulsado precisamente aquel día a compartir conmigo sus tesoros, cuando a lo largo de los años yo había estado en su casa al menos una decena de veces. Me pareció que su interés estaba dirigido a otro objeto y, en efecto, tras un par de paradas más nos detuvimos ante un busto de tamaño natural de arcilla sin policromar. Parecía a primera vista un estudio de taller de escultura. Se trataba de un busto de mujer y por su gesto no podía ser más que el rostro de una Virgen. Miré de reojo a mi anfitrión, pero él se había situado un par de pasos a un lado, dejándome sitio para que observara con detenimiento lo que tenía delante. No estaba seguro qué pensar. Era evidente que él esperaba mi reacción o mi comentario y si era así era porque aquel busto tenía algún significado especial que él pensaba que yo sería capaz de apreciar. Me acerqué y efectivamente confirmé que se trataba del ensayo de un taller de escultor, el ensayo del busto de una Virgen. Y entonces entendí que se trataba del estudio en barro de la Virgen de la Esperanza de la que me estaba hablando hacía unos minutos.

—¡Esta es la nueva Virgen de la Esperanza! —afirmé volviendo la cabeza.

Él asintió con un gesto exaltado que anunciaba que todavía tenía algo más que decir.

—No sabía que ya se había encargado una imagen nueva.

—Hasta esta semana habíamos procurado no divulgarlo, pero ya lo sabe demasiada gente como para seguir haciéndolo. Como le he dicho, habíamos comenzado con la recogida de fondos para costear la imagen, pero la cosa iba muy lenta, y fue entonces cuando Leonor y yo decidimos sufragarla y donarla a la futura cofradía. De este modo liberamos, para encargarnos una corona de plata, las donaciones que ya se habían recogido, dijo triunfal —e hizo un

silencio para que yo valorase el alcance de sus palabras—. Como usted sabrá —siguió—, el problema de fondo de las cofradías siempre es el dinero y nosotros creemos que no hay mejor modo de invertirlo que en una imagen que formará parte de nuestro patrimonio durante siglos —remató él su presentación con un gesto en el que se mezclaban a partes iguales el orgullo y la presunción.

Y de paso, pensé, medrar en el mundillo social y político de la ciudad. Aunque conociendo el catolicismo militante del que hacía gala el matrimonio Gálvez, no debería descartarse que con ello planeasen hacer méritos para conseguir un sitio preferente en el Paraíso. Conocía demasiado bien, por mi padre, los intereses de todo tipo que se movían alrededor del ambiente cofradero y sabía que, con aquella imagen, los Gálvez darían un golpe de efecto con el que obtendrían beneficios de una forma u otra.

—Y bien, ¿qué le parece?

Lo cierto es que hasta ese momento no me había detenido en los rasgos de la imagen. Me alejé un paso y la miré de nuevo desde un punto de vista estético. La cabeza, de tamaño natural, estaba levemente inclinada a la derecha y del cabello solo podían advertirse unos mechones que aparecían bajo un velo que, al tratarse de un estudio, había sido modelado toscamente, únicamente para que se apreciase el efecto que el mismo hacía sobre el conjunto de la cabeza y el rostro. La forma de la cara me recordó la de una Virgen renacentista, un óvalo de una delicadeza excelsa algo apuntado en la barbilla. La nariz fina y alargada se abría en su parte superior en los arcos perfectos de las cejas bajo las que destacaban unos ojos grandes de párpados entrecerrados. Los pómulos confluían en una boca pequeña de labios carnosos y entreabiertos que esbozaban un gesto tenue de dolor. La expresión en general reflejaba un sentimiento de tristeza menos acusado que el que suelen ofrecer las dolorosas. Solo un levisimo fruncimiento de las cejas al comenzar el arco desde la nariz se encargaba de conseguir un efecto que lindaba entre la pena y el ensimismamiento. El efecto conseguido era extraordinario, de un realismo que escapaba al modelo tradicional

barroco, más efectista, al reflejar cierto misticismo que resultaba difícil de describir. Me alejé un paso más para contemplarla de frente y fui rodeándola para apreciarla desde diferentes ángulos.

—Es una verdadera belleza —dije más para mí mismo que para mi anfitrión, del que me había olvidado completamente durante unos minutos. Me volví hacia Gálvez que durante ese tiempo había permanecido en silencio a mi lado disfrutando de mi reacción.

—¿Se da cuenta de lo que le hablo del dinero bien empleado? Si tan solo un estudio consigue ese efecto, imagínese cuando la talla esté terminada.

—Me sorprende la naturalidad del gesto y de la expresión, pero al mismo tiempo tiene algo de proporciones renacentistas. El efecto es magnífico —seguí yo diciendo en voz alta lo que pensaba.

Gálvez sonrió como si hubiese mencionado un tema del que él ya tenía noticia.

—Ese deje renacentista que usted menciona no depende del escultor, sino de la modelo, que tiene unos rasgos muy particulares —dijo con un tono que me hizo pensar que había una historia detrás de aquella apreciación—. Si hacemos caso al escultor, la talla comenzará la semana que viene —afirmó con orgullo.

—Todavía no le he preguntado por el imaginero —dije con curiosidad.

—Hemos optado por Ruiz Montes. No crea —siguió mi anfitrión—, sobre este tema ha habido bastante discusión, ya que dentro de nuestro grupo los había que preferían el estilo de Álvarez Duarte, mientras que otros creíamos que no necesitamos en la Semana Santa malagueña más imágenes de estilo sevillano. Aunque José María es joven, tiene un estilo muy propio y creemos que terminará siendo uno de los grandes. Por otra parte, también está la cuestión del dinero: Álvarez está muy demandado y es un carero. Y no hablemos de la modelo, que ha sido todo un hallazgo, ¿no cree?

Asentí, sin poder apartar la mirada del busto de la Virgen. Cuando estuviese terminado sería una imagen espléndida. Pensé que el hecho de que Gálvez me estuviese mostrando aquellos teso-

ros se debía al placer de disfrutar de la aprobación de alguien que podía apreciarlos en todo su valor. Poco después me acompañó de vuelta a la entrada de la capilla y, al despedirme, ante el portón que daba a la calle, aproveché para ofrecerle los servicios de mi negocio en lo referente a toda la utilería necesaria para el futuro paso procesional. Nos despedimos con un apretón de manos y ya fuera comencé a caminar en dirección a casa, seguro de que había sido un encuentro muy provechoso. Gálvez me había sorprendido con su nueva Virgen y con la decisión de la futura cofradía de encargar la imagen a Ruiz Montes. Yo era de los que opinaban que era preferible adquirir alguna antigua de las muchas que podían encontrarse en conventos e iglesias, o que poseían particulares de la ciudad. Se me venían a la cabeza la Virgen de la Paz, del convento de las Clarisas de la Trinidad o la antiquísima Virgen de los Reyes de la catedral. En cualquier caso había que reconocer que el estudio en barro para la Esperanza era extraordinario.

Ya había anochecido y me dirigí hasta donde había aparcado el coche. La temperatura era deliciosa y paseé sin prisas, mirando a la gente a mí alrededor. Me gustaba observarla y capturar retazos de sus conversaciones. Vi acercarse a una pareja que caminaba abrazada y besuqueándose y por un momento, mientras los oía cuchichear y reírse me sentí herido por su juventud. Noté que el teléfono vibraba en mi bolsillo. Laura me había enviado un mensaje en el que me preguntaba dónde estaba. Miré el reloj y apreté el paso: la visita a Gálvez se había alargado más de la cuenta. Tecleé un mensaje apresurado en el que decía que estaba de camino.

Siento un vértigo repentino al darme cuenta de que Laura se ha colado entre mis recuerdos. Su rostro me viene a la memoria con una nitidez abrumadora después de los años que han transcurrido: sus vivos ojos castaños, la nariz pequeña y algo respingona, los labios siempre pintados de carmín, y su pelo castaño y rizado que

la hacían parecer una niña grande. En mi recuerdo destaca su expresividad. Laura reía, discrepaba, se asombraba o se disgustaba de una manera tan vehemente que cuando la veías era difícil no saber cuál era su estado de ánimo. ¡Dios mío, cómo la añoro! Solo tengo tiempo de decir su nombre antes de que se me salten las lágrimas. Hace mucho que para sobrevivir me he impuesto no pensar en ella. Su imagen y el mismo sonido de su nombre son dolorosos, pero al mismo tiempo tan cálidos que me hacen olvidar que estoy tirado en el suelo en mitad de ningún sitio. Sin embargo, no tengo derecho disfrutar de este consuelo. Levanto la cabeza y la dejo caer contra el suelo de cartón sobre el que estoy tumbado. Lo hago de nuevo pero esta vez con más fuerza, y vuelvo a hacerlo una y otra vez, con los puños y los dientes apretados, con la intención, no estoy seguro, de perder el conocimiento, aunque solo consigo aturdirme sin que los recuerdos ahora desencadenados dejen de fluir.

—¡Dios mío, perdóname! —digo mientras me seco las lágrimas con el dorso de la mano.

